

De Archundia a Zamarripa.

Teatro testimonial.

Autor: Mario Ficachi

Personajes:

A. Víctima, B. Victimario C. Víctima

Dos hombres, una mujer.

A

Yo de niño tenía las mismas cejas que tengo ahora. Por eso en la escuela me decían Neto. Neto era un títere. Había entonces un ventrílocuo que se llamaba Carlos, Don Carlos, trabajaba con dos muñecos: Neto y Titino. Neto era cejudo y bruto de edad indeterminada. Su chiste era alzar las cejas admirado por las respuestas que Titino daba. Titino era un niño vestido de marinerito sarcástico y burlón; su gesto característico era abrir la boca y repetir AAAAAAh!.....

AAAAAAh!.... para terminar soltando alguna frase ingeniosa con la que cerraba la rutina. Don Carlos entonces proponía una canción que terminaban interpretando los tres. En You-tube hay algunos videos de estos personajes. Búsquenlos en vez de perder el tiempo viendo pornografía. Pero volvamos a mi escuela; si el sobrenombre hubiera sido todo quedaría en un inocente juego de niños, pero no fue así; había un compañerito mayor que todos, Archundia se apellidaba, ese cabrón hacía que me sentara en sus piernas para tratarme como títere; para manipularme pues. Yo tenía que abrir la boca y subir las cejas, él repetía sin chiste algunas frases hirientes como: "Soy el mas tonto del salón". "Me apestan los pies". "Todavía me orino en la cama". Es claro que todos se reían de mí. Hasta aquí el

asunto podría haberse considerado una imitación ofensiva sin más consecuencias. Pero las frases fueron cada vez más groseras. Venían cada vez más cargadas de violencia. Con más y más descalificaciones contra mi mismo o los maestros. “Soy un pendejo”. “Me gustan los niños”. “Como caca de perro”. “La maestra Jácome es la bruja Escaldufa”. “Pégame si quieres”. ¡Chin! Esa frase fue mi perdición. Un chamaco se la tomó al pie de la letra y me dio una bofetada. Todos se rieron. Mi respuesta, manipulada por el supuesto don Carlos fue: “No me dolió, pégame otra vez”... y el golpe pasó a ser un coscorrón. El juego terminaba cuando el timbre de la escuela anunciaba el final del recreo. Entonces golpes y humillaciones tenían su intermedio. Porque el tema de la violencia en las escuelas tiene historia y se ha caracterizado siempre por acciones de dominación, sometimiento y agresión. Formas de abuso. Yo fui víctima del Bullying como ahora le llaman. Pero lo mio era un juego en el que no elegí participar y que terminó causándome traumas y mucho dolor. De los coscorriones se pasó a una pamba. El Archundia me sujetaba para que no me moviera y todos me golpeaban la cabeza, me daban pamba. Odiaba a mis compañeros. Llorando me quejé con mi maestro... “No es para tanto” dijo sin mirarme siquiera... se dirigió a la clase: “A ver todos escúchenme... se hizo un gran silencio... “Dejen de molestar a Neto” las carcajadas no se hicieron esperar. Incluso ella se burlaba de mí. Fui con mi mamá, “No seas chismoso, son juegos entre amiguitos” ¿Amiguitos? Mis cabrones amiguitos me mandaron en una ocasión a la enfermería descalabrado de la golpiza que me dieron. Entonces si mi mamá fue a la escuela. “Nosotros no le hicimos nada señora se cayó cuando estábamos jugando” Lo ve, dijo el maestro “Es un accidente. Jugando... se cayó... eso es todo”. Me fui a mi casa con la

cabeza vendada. Ya no quería regresar. Me paralizaba el miedo. En la noche me quitaba la venda para rascarme las costras, al otro día había mas sangre, podía quedarme en mi casa un día más. Claro que mi mamá se terminó dando cuenta y me gané una buena cinturón. Un lunes volví a presentarme en el salón. Para mi sorpresa la banda de niños malos, al sonar el timbre del recreo, salió corriendo sin tomarme en cuenta. Uno de ellos alcanzó a decirme “Vente Neto, ya tenemos un Titino y es mas chistoso que tú” Por supuesto que fui. Pasé a ser espectador... y en un instante me convertí en un agresor más. Habían agarrado a un niño de tercero. Nosotros estábamos en quinto. El Titino tenía gracia. Era un güerito con cara de muñeco. Repetía su clásico AAAAAAh!.... AAAAAAh! Moviendo la cabeza como buscando algo en el suelo. Entonces el que hacía de Don Carlos, otra vez Archundia, le torcía el brazo y el niño gritaba AAAAAAAAAAAy! Era el momento en que todos le decían: Niñita... Uuuuu! Va a llorar... Lero lero... “Mariquita sin calzones te los quitas te los pones” le canté ofensivamente. ¿Qué cosa? Repitieron algunos que parece nunca habían oído la cantaleta... “Mariquita sin calzones te los quitas te los pones” repetí. Había causado sensación. Todos se rieron. Sí, Sí... “Mariquita sin calzones...”que se quite los calzones. Le dieron otro sentido a mi aporte genial. ¡Los calzones! ¡Los calzones! Pedían a coro. Acabamos sobre el pobre muñeco quitándole la ropa. Ahí quedó el pobre Titino chille y chille, semidesnudo y arañado. ¡No llore! Le gritábamos. ¡Sea macho! ¡Éjele parece pollo! Y en efecto su cuerpecito era blanquecino casi amarillo. ¡Aguántese! Grité. Tanto me había aguantado yo de las veces que me tocó ser el muñeco. La cancioncita se repitió: “Mariquita sin calzones te los quitas te los pones” Estaba contento de no ser más el objeto de burla de los de mi salón. Ahora

la furia se centraba en aquel muñequito que como pudo se abotonó la camisa y subió los pantalones de tirantes. Caminó llorando entre la runfla de cabrones, nosotros, que no dejábamos de hacerle burla. Ya era parte de la pandilla. Compartía el poder con los demás. Siguieron llamándome Neto... lo que me recordaba las tristes sesiones que podían repetirse... pero en fin... me tocaba ahora estar del otro lado y me divertía. El chamaquito de tercero ya no salía de su salón. Tuvimos que buscar a otro para jugar con él. Antes de terminar la primaria vivimos un suceso que nos habría de marcar para siempre. Resulta que estábamos en el baño burlándonos de un niño al que tratábamos como perro. Lo obligamos a lamernos las manos y a que se orinara sobre sus propios pantalones alzando una pierna. Lo teníamos en el centro de un círculo. Alguien le dio una patada en el trasero. ¡Ataca a los apaches Rin tin tin! ¡Ándale! ¡Ándale! Por turnos le pegamos de patadas... ¡Ya déjenme! Nuestro perrito se puso a llorar. ¡Mamáaaaa! ¡Mamáaaaa! Era el momento para que le cantáramos aquello de “Mariquita sin calzones te los quitas te los pones”. Dejamos de patearlo. Se puso de pie. Miraba al piso. Por un momento las risas disminuyeron. El muchacho temblaba. Se puso rígido. Del pantalón chorreaban sus orines. En un arranque inesperado aquel que hacía de sumiso perro se avalanzó contra uno de los niños, el mayor, al que considerábamos “jefe” La sorpresa hizo que cayera. Fue cosa de segundos. Un golpe y otro y otro le propinó el ofendido en la cara, a cada golpe un chorro de sangre... El susto fue colectivo. El niño-perro había sacado de la bolsa un compás que hundía una y otra vez en la cara de nuestro compañero... de Don Carlos... de aquel que me puso el apodo de Neto... del desgraciado Archundia

que ahora lucía desfigurado en el baño de la escuela en un charco de sangre... fue muy impactante.

Algunos años después la vida me llevó a estudiar teatro. Para algunos ejercicios de improvisación recurrí al uso de un títere que me motivaba todo tipo de imágenes, el inolvidable Neto de Don Carlos. Aun me vienen a la memoria un montón de recuerdos; como cuando mi mamá contaba aterrada lo que había pasado en mi primaria... volteaba a verme para asegurar lo exacto de su relato. ¿Verdad hijo? ¿verdad que fue horroroso? ¿verdad que tú lo viste todo?... Yo sin decir palabra, me agarraba fuerte de la silla, abría los ojos y alzando las cejas – como Neto—decía que sí moviendo la cabeza y la gente nomás se sonreía.

C

Uno podría pensar que la violencia entre alumnos es cosa solo de varones y no es así. Hay niñas tan cabronas como el más cabrón de los niños. A veces por envidia, a veces por simple burla o despecho, a veces por diferencia de capacidad económica... o simplemente porque no le caes bien a la líder del grupo y por ese detalle te chingaste para siempre. Mi mamá me peinaba de trenzas. Hoy las odio. De veras. Esa fue la razón principal para que se burlaran de mí las de mi salón. De india no me bajaban. Y lo peor... me decían La india María... que en aquel tiempo era una cómica que aparecía en la televisión hablando entrecortado y riendo en forma estúpida. Yo y mis trenzas. Ni modo. Así habían peinado a mi mamá y así se peinaba todavía mi abuelita. Lo peor de todo es que cuando las niñas se pelean lo primero que hacen es agarrar de los pelos al contrincante. Así que las trenzas terminaban por ser la manivela de una matraca. ¿Se imaginan? Un día llevé a la escuela zapatos nuevos. Estrené pues. Se acostumbraba aquello

del remojo. Fuese quien fuese la niña que trajera zapatos nuevos, el remojo era obligado. Se hacía cola para pisar aquel lujo, que de seguro algunas solo soñaban tener. Los zapatos terminaban hechos una porquería en el mejor de los casos y en a veces hasta rotos. Pinche costumbre... ¿A quien carajos se le habrá ocurrido por vez primera? Es como eso de gritarle al del cumpleaños “Mordida” “Mordida” y por supuesto siempre hay quien le sume la cabeza al festejado en el merengue del pastel... pensar que hasta el presidente Calderón le entró al jueguito ese... ¿o fue Fox?... Bah! Para el caso es lo mismo. ¡Que vergüenza!... en fin, estábamos con lo de mis bellos y acharolados zapatos blancos de correa... Elisa era una güerilla gorda sin más chiste que haber empezado a usar chichero antes que muchas de las del salón. Antes que yo misma por supuesto. Ella tenía el pelo chino. Creo que por eso me agarró tirria. A mí al menos me podían peinar. A ella era imposible. Por más que se trataba de peinar el pelo rebelde se le esponjaba y parecía traer una peluca ensortijada o un plumero sucio. Ninguna alusión a las presentes.... ¿eh? Bueno pues Elisa organizó a las demás con aquello del remojo. Me aguanté varios pisotones incluso de las que eran mis amigas pero la cosa fue pasando de un simple pisotón a pisotón y raspada cuando le tocaba el turno a las compinches de la pinche Elisa. Y al fin le tocó a la muy cabrona. Tomó vuelo, brincó para apachurrarme los dos pies. Nada pendeja me quitó a tiempo y la gorda fue a dar al suelo. Solté la carcajada. ¡Pinche india! ¡A la salida te parto tu madre! Me gritó. ¡Estaré manca!... muy atrevida le contesté. ¡Gulp!. En eso acabó lo del remojo. Limpié mis zapatos, recogí mi mochila. Entramos al salón. Todavía era temprano así que pasó el día y ya ni me acordaba de la amenaza... pero nunca debe uno minimizar al enemigo... Elisa planeaba joderme. A la hora de la salida tomé mis

cosas. Estábamos en la secundaria. Tendría doce años. Todavía me acuerdo, vivía cerca de la escuela así que regresaba a mi casa caminando... a veces acompañada a veces sola. No me había alejado mucho de la escuela cuando sentí un tirón de pelo por detrás. La pinche Elisa estaba ahí para recordarme su sentencia ¡Te partiré la madre! Me jaló tan fuerte que creí que se me había separado la cabeza del cuerpo. Me fui de espaldas sobre mi mochila. Empezaron las patadas. Otras niñas hicieron rueda.... Todas daban órdenes... ¡Párate india!... ¡Muérdele una oreja! ¡Déjala grandulona! No les he dicho pero Elisa aunque tenía nuestra misma edad parecía mayor por ser un poco más alta que las demás. ¡Chíngatela! ¡Marimacha! ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre! Se juntaron algunos vendedores de la zona... pero nada mas nos veían. Me puse de pie. Las patadas en las chichis me dolían y también mi pobre cabeza. Se me había metido tierra en la boca. Me aferré a sus pelos y ella a mis trenzas. La escupí. Me escupió. La arañé. Me arañó. La solté y ella ni madres que me soltó. Al contrario empezó a darme vueltas como carrusel y luego me fue a azotar contra un muro. Cumplía su amenaza... me estaba partiendo la madre. Me arrepentí de haberle contestado el reto. ¡India! ¡India! Seguían gritando las otras. Me salió sangre de las orejas. A ella de la boca. Sin planearlo le había dado un trancazo en pleno hocico. Eso la enardeció. Como hombre me dio de puñetazos en los pechos. Fui nuevamente a dar al piso y la gorda encima de mí. Las demás hostigadoras seguían pidiendo golpes y sangre. Más sangre. En eso estábamos con las faldas arriba y los puños dándonos de golpes... cuando entre la gente surgió una policía que desde hace rato disfrutaba de la pelea. Empezó a darnos órdenes: ¡Sepárensen chamacas! ¡Órale.... Sepárensen! ¡A chingar a su madre todas! ¡Órale a sus casas!

¡Quitensen! Paso a la autoridad... hágansen un lado les digo... Y que me agarra bien fuerte con su mano izquierda mientras que con la derecha agarraba a la gorda. Ya se chingaron niñas, nos dijo, vámonos con el director de su escuela. Camínenlen putitas. Nos ordenó. Nos van a expulsar le dije llorando déjenos ir... No sea mala... ándele... Elisa me echaba una mirada de odio como la de la madrastra de Blancanieves. Apretaba los dientes y resoplaba. Estaba enojadísima. Yo chillaba. Muy machitas ¿no? ¿Cuánto traen? Cáigansen con una lana... soltó la policía sin pudor. Ya vista de cerca hasta parecía que era hombre maquillado. Apestaba a sudor. Nos detuvimos, busqué en mis bolsas... recordaba traer cincuenta pesos pero quien sabe donde fueron a parar en la pelea... Tú gorda ¿cuanto traes?... Le dije sin darme cuenta que la estaba insultando... ¡Vas a chingar a tu madre! Me respondió... Así me gustan las hembras... dijo la poli... le brillaban los ojos. Hasta creo que cuando se lo dijo volteó a verle las nalgas. Sorpresivamente con cierto desprecio la poli decidió soltarme... ándele váyase a chingar a su madre como le ordenó aquí la güerita... y tú ven a que te conozca mi pareja... le dijo a Elisa. Me aventó. Regresé por mi mochila. Volteé y las vi caminar hacia una patrulla que parecía esconderse en una calle de las que rodean la escuela.

Traía raspones en los brazos y las rodillas. Todo me dolía. Me limpié los mocos... rehice las trenzas como pude. Ya por ahí no había nadie de la escuela... ni siquiera mis amigas. ¡Pero mira como vienes! Me rodé por las escaleras le dije a mi mamá. ¡Pendeja! Pónte mertiolate que está en el cajón de mi buró. Ándale que ya vamos a comer... ¡Pendeja! Sus insultos me dolieron tanto como los de la pinche Elisa. De veras que la violencia empieza en nuestra propia casa y ni la

tomamos en cuenta. En fin, al día siguiente no quería que mi mamá me peinara de trencitas. ¡Caprichosa! ¡Nosotras somos de trenzas! Te aguantas. Además las trenzas te hacen ver menos fea hija. Me dijo mi mami y me peinó como siempre. En la escuela ya no quise hablarle a las que eran mis amigas... les hice la ley del hielo... claro que eso me aislaba a mí pero es que ninguna me había ayudado en la madriza... jódanse... no les vuelvo a hablar me dije. Y así fue al menos durante un tiempo. A Elisa la veía de lejos, no me le volví a acercar para nada. Me ignoró. Estaba como tranquila... huidiza diría yo. Diferente. Parecía distraída. Como drogada. Y resultó que eso era verdad... me dijeron luego que ya había probado la mariguana... o alguna cosa así. A la salida de la escuela, me acuerdo muy bien, la esperaba todos los días una patrulla para llevarla a su casa, al menos eso fue lo que entonces yo creía. Feita y todo me casé joven. Ya no me peino de trenzas y, si llego a tener una hija, mejor la rapo que peinarla de trenzas... ya veré cómo le gusta a ella peinarse y la respetaré. Un día mi marido —que maneja un taxi—levó a la casa el periódico ¡Alarma!. En la primera plana estaba la foto de unas mujeres que lideraban una banda dizque de “sexo-servidoras” —pero para mí que eran putas—que asaltaban a sus clientes. ¡Ahí estaba la gorda Garza-Nieto toda pintarrajeada y chimuela!. La reconocí por el pelo y su mirada así como esquiva... como escondiendo culpa. A su lado la mismísima policía de la secu ---que por cierto me seguía pareciendo hombre maquillado---. El periódico decía: “La sargento Milagros Cabiria vergüenza del Batallón de Atención a la ciudadanía al frente del temible grupo de asaltantes” ¿Que les parece?

B

¿Han visto las páginas de Internet en que aparecen chavos peleándose? Lo mismo hombres que mujeres ¿No? ¡Putá! De lo que se han perdido. En You-Tube hay un chingo de videos. Yo debo estar en algunos. Sorprende la rabia contenida en gente tan joven. Cuando estudié el bachillerato me convertí en un verdadero hijo de puta. No es gracioso decir esto. Uno crece y debe reconocer sus errores. Tener su “Certificado de Madurez” como hacían en la Rusia de antes. Lo reconozco agredí a mis compañeros los azucé a que se dieran en la madre. También a mi me la partieron mas de una vez participando en broncas muy gruesas. Ahora soy de los que defienden el consejo: “Si te molestan, no te calles, denuncia” Me he redimido. Esas vueltas suele dar la vida. ¿La razón? Después la cuento. Prefiero por ahora seguirles contando de Internet. Ahí se hacen las convocatorias... aunque llamarles así resulta contradictorio... no se debería convocar a la gente para una pelea... mas bien se le culmina... se le amenaza... se le reta, y los otros responden. ¡Claro que responden! Porque no es solo una cita en tal o cual parque, cruce de calles o terreno baldío... hay insultos, indiscreciones, ofensas, señalamientos sexuales, burlas que no pueden quedar impunes. Se deben cobrar. Para insultar yo me pintaba solo. Dejaba recados pegados en las bancas, escritos en el espejo del baño o simplemente soltaba un falso testimonio. ¡Tenía para todos! Al rato toda la escuela lo repetía. Y por supuesto tenía respuesta y es que el vocabulario que usaba era soez y vulgar, tanto, que haría palidecer al más grosero. Yo me juntaba con lo peor de la banda. Odiábamos a los jotos. Ahora es igual, la verdad es que en ese campo, en las escuelas, no se ha avanzado mucho. Queríamos desaparecerlos de la tierra. A mí me daban asco. A chingadazo limpio los trataba. Lo confieso... me ¡cagaban! A

veces por la forma en que se contorneaban, por andar de cuzcos. O su forma de hablar, o porque se sentían mas inteligentes que los demás... Yo agarraba parejo. Fueran o no fueran les llovían putazos. De todos modos no se salvaban de la injuria. Al que retábamos lo colmábamos de falsos testimonios... de relaciones oscuras inventadas... a veces entre alumnos y maestros... hasta de su familia decíamos ¡cada cosa!... cuando nos llegaron a ganar en los golpes, la única reflexión que me merecían era: Me pasé. Fue demasiado. Podrían haberme matado. Ni modo. Merecido me lo tengo. Pero ese mismo día soltaba otra carretada de chismes. Imagínense: uno entra a la página, selecciona la escuela, instituto, universidad y “deja un mensaje” algo así como: Pinches maricones les vamos a romper su madre a la salida. Firma: Fucking red dogs. O a fulanita de tal le gusta por detrás. Ya me acosté con ella. Firma Batman-plus. O si te gusta que te la mame te espero en el baño del edificio X, firma: Pink panter... siempre funcionó. Por cierto una vez fue real la cosa... de ahí se me ocurrió después subirla a la red. Sucedió que estaba orinando en un baño. Un chavo me llamó desde un privado. ¡Pssst! ¡Psssst!... lo vi de reajo, me le acerqué y el chavo se la metió en la boca. Cerré la puerta. No voy a mentir, me lo hizo muy sabroso. Cuando terminó lo asalté y le di su par de chingadazos. ¡Por puto! El pendejo me pidió que le devolviera los boletos del metro que traía en su cartera. Se los aventé al escusado... y terminé diciéndole... para que veas que soy cuate te voy a hacer publicidad... ya verás te van caer clientes por montones. Y lo hice así, diciendo que en ese edificio alguien estaría para esas cosas.

Los recaditos y los chismes terminan por crear una atmósfera de desconfianza tremenda. De miedo colectivo. La gente siempre quiere saber quien sube esa

información y en los casos en que es personalizada el ofendido quiere encontrar al culpable... y lo ven en su enemigo del salón o en la exnovia... o en los de la escuela vecina... y así se va creando el clima de rabia que termina en enfrentamientos. Para que el mundo entero sepa de nuestras hazañas siempre hay un encargado de grabar el hecho. Le llamamos "El movie-chido". A ese nadie debe pegarle. Su responsabilidad es grabar y subir el video para que todos lo podamos ver. De esa forma se comparte el grado de cabrón que es cada uno. Como ven hay algunas reglas. Mínimas es cierto: nada de armas de fuego ni filos de cualquier especie, cuchillo, tarraja, punta, machete. Al menos no acaban matándose... Se le puede pasar a uno la mano pero es justo así... a mano pelona... a veces con paliacates amarrados a manera de guantes de box... pero lo más común es que se enfrenten a puño limpio. Los retos frente a frente fueron mi especialidad. Yo para entonces tenía cara de gandaya, me había cortado el pelo a la mohicana. Estas dos partes de los lados peladas y la greña en medio así como los caballos. Tenía un piercing en la ceja, lentes oscuros y dos aretes bien chidos. Cadena colgando, brazaletes de estoperoles y un tatuaje del Sagrado corazón de Jesús. A veces me pintaba los labios de color morado. Era una mezcla de Marlon Brando y el cantante Raphael, no se rían es que me vestía de negro. Así me sentía parte de la banda. Al que le echaba el ojo se jodía. Las ofensas tienen su chiste. Que onda flaco ¿tienes hermanas? Que te importa guey... esa siempre es una de las respuestas... ¡Muy machito! ¿no? de ahí se pasaba a los empujones y mentadas de madre. También se dan las sorpresas... un gordito muy matado de mi salón y medio putito resultó que tomaba clases de Kik Boxing. Me llovieron patadas y trancazos de a montón. Todo con técnica impecable. Fue una de mis

más sonadas derrotas. También está en video. En eso éramos de lo más democrático. Todos los videos se daban a conocer.

De ese gordito, Zamarripa, se apellidaba terminé siendo amigo. Quise saber cómo le había hecho para vencerme. Los dos teníamos dieciséis años. Me explicó que tomaba clases de artes marciales. ¿Artes What? Artes marciales guey. Andas en esto y no sabes siquiera que son. Admití no tener la menor idea. A partir de ese momento me dio por saber un poco mas de esas artes. Me invitó a una clase. Solo me pidió no llevar mi personaje a cuentas es decir... no lentes oscuros, dejar la cadena y esas ondas. ¡Chále! Le dije... que mamones. Pues si quieres venir tendrá que ser así me contestó. Y fui. La neta me cambió la vida. Hay toda una filosofía sobre el contacto físico, el cuerpo, la salud, el respeto al otro... tenían hasta uniformes, eso me impactó mucho. Reconocí ser un adicto al acoso escolar que no tenía forma de canalizar mis frustraciones. Cambié poco a poco gracias a Tito Zamarripa y su consejo de llegarle a esas clases. Fue un verdadero amigo, sin proponérselo me ayudó a terminar la prepa. Resultó que vivía más o menos cerca de mi casa así que nos veíamos para ir juntos a la clase y luego... veíamos películas de Bruce Lee en su cuarto, platicábamos... y practicábamos el Kick... pero nada mas ¿eeh?.

Poco antes de salir de la escuela, Tito iba a cumplir los dieciocho, lo mataron a puñaladas por tratar de defender a unas niñas en un colectivo. Me dolió un chingo la noticia. Todavía extraño al buen Tito. Nadie como él en mi vida.

Después de la prepa ya no seguí estudios en ninguna escuela. Me dediqué a enseñar a otros las artes marciales y todo lo relativo a la defensa personal me acerqué a un grupo de apoyo a chavos con problemas, me involucré en la

prevención y todo lo referente al asunto de la violencia entre adolescentes, de eso ya sabía un resto. Ahora soy consultor a nivel regional. El tema me ha interesado mucho de alguna forma se conecta con la violencia que nos agobia todos los días. Por eso me animé a participar en esta obra de teatro. Para dar mi testimonio dedicado a mi amigo Tito Zamarripa que como muchos otros inocentes son víctimas de la violencia escolar y callejera.

¿Qué podemos hacer para lograr que cambien las cosas?

A

Pues conocer... aprender

Se aprende observando, leyendo, escuchando a los otros, acercándonos a su forma de vida y modelando nuestro criterio

B

Haciendo un grupo de trabajo, de estudio o de diversión. Hacer historias, literatura, experimentos... hacer cuentas, arte, comida... Hacer política

C

Convivir

Con nuestra familia, con los vecinos, con los compañeros de oficina, con la gente de la calle, con los ancianos, con nuestro entorno, con los animales

B

Ser pacientes, solidarios, tolerantes, creativos, amables, justos.

A

En cada golpe, en cada palabra ofensiva, en cada gesto agresivo contra el otro se expresa una frustración.

B

Ignorar la suerte del otro aprueba el genocidio y la tortura

C

También nos queda la indiferencia. Sin embargo, algún día nos sorprenderá encontrar cicatrices emocionales en el fondo de nuestros corazones como resultados del silencio. Esto ha sido todo. En nombre de mis compañeros (los presenta) y el mío propio les doy las gracias por escucharnos.

Oscuro.

Fin

México DF julio de 2011

Mario Ficachi